

PRIMO FELICIANO VELAZQUEZ

Nació en Sta. María del Río, S. L. P., el 6 de junio de 1860. Murió en San Luis Potosí el 19 de julio de 1953, a los 93 años.

El más erudito y concienzudo historiador potosino de los últimos tiempos. Escribió: *Descubrimiento y conquista de San Luis Potosí*; *Las cabezas chatas de Guadalcázar. Ensayo arqueológico*; *Discurso sobre la instrucción pública en San Luis Potosí durante la dominación española*; *Introducción a la historia eclesiástica potosina*; *Bibliografía científica potosina*, los cuales fueron reunidos en el tomo de *Obras* de la Biblioteca de Autores Mexicanos de Victoriano Agüeros, volumen 34, México 1901. Escribió además un delicado trabajo literario: *San Francisco* (1940). Publicó la *Colección de Documentos para la historia de San Luis Potosí* (1897-99); y el *Códice Chimalpopoca* (1922). Su *Historia de San Luis Potosí* en 4 volúmenes fue publicada en (1946-48) gracias a la comprensión de Jesús Silva Herzog.

Serías referencias a él en *Biblos. Boletín semanal de Información bibliográfica publicado por la Biblioteca Nacional*, 4 v., México, 1919-22, ils., I; Frederick Starr en *Readings from modern mexican...*

Fuente: Primo Feliciano Velázquez. *Historia de San Luis Potosí*. 4 v. México, D. F. Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1946-1948, I-225-260 y 300-302.

FRAY ANDRES DE OLMOS

Como las ovejas por su pastor, así balaban los indios por fray Andrés de Olmos. Le perdieron y vivo le creían; en viendo a cualquier religioso de franciscano sayal, luego corrían a él, dejando arco y flecha y de rodillas, puestas las manos balbucían cual antes: ¡A... a... Andrés! ¡A... a... Andrés! ¿Quién otro dejó de sí tal memoria?

Los hubo que, por evangelizar la barbarie, hollaron con sus pies lacerados hasta la sangre breñas y peñascos casi inaccesibles; él anduvo descalzo leguas sin cuenta, de México a Guatemala, de Hueytlalpan a la Florida. Hubo frailes que consumieron sus vigiliás, descifrando en idolátricas, pinturas el origen y ritos y costumbres de estos naturales; él, antes que nadie, escribir alcanzó cómo vinieron y en qué inexplicable confusión guardaban las tradiciones de su progenie y de la creación del mundo. No escasearon quienes, formando léxico, redu-

jeron a precepto las lenguas indígenas, para componer en ellas cuanto del saber antiguo quedaba, al par que los rudimentos del cristianismo; él, obras aparte de erudición y gramáticas y vocabularios del totonaca y del huasteca, hizo el primero un Arte mexicano, que aprovechó fray Juan de Torquemada, nahuatlato insignic, para conocer profundamente el habla de Motezuma.

Cual Motolinía en la Puebla de los Angeles, trabajó en la de Tampico, ciudad de oro negro, y zanjando los cimientos de Tamaholipa, echó allí la simiente del evangelio. Vive, durará lo que sus hijos duren, amamantados con su doctrina.

Genealogía, cuna, puericia, son todavía arcanas. Sábese apenas que nació en tierra de Burgos, cerca de Oña, quiere decir, junto al célebre Monasterio de don Sancho García, el famoso; nueve siglos hace llamó de Oña, del nombre de su madre, porque lo erigió en desagravio de la venganza que tomó de ella, que emponzoñarle quiso. Olmos, donde se crió Andrés con una su hermana, sustituir le debe, sino en el mapamundi en la historia, pues que a su nombre de pila solían los monjes pegar el de su patria. Era, dicen, Olmos propincuo a Valladolid, la gran ciudad en que de cierto pasó su juventud, aprendiendo cánones y leyes, aunque el instituto y sus maestros nos sean desconocidos. Alegra, con todo, que las sombras encubran esa parte de su vida; que, honda y oculta, la raíz mejor absorbe lo que del tallo arbóreo será sostén y de sus frutos sabor y jugo.

Limpio de cosas del mundo, a los veinte años tomó la cogulla del Poverello en el convento de Valladolid, de la provincia de la Concepción. A ese tiempo tocaban a gloria las campanas de la Porciúncula, porque navegaban los doce rumbo a la Nueva España: tras del portentoso genovés que ganó tierras, venían ellos a descubrir almas. Redivivo cantarían Jacopone de Todi blandamente al corazón de fray Andrés:

Povertade enamorata, grande la tua signorie.

.....
*de la del mar gente infiniti che non saccio la' ve stia,
 Medi, persi ed elamiti, iacomini e nestoriti,
 giurgiani, etiopiti, India e Barbaria.*

Se aprestaba con el estudio de las letras divinas. De allí, visto su gran espíritu, su religión y su ciencia, le sacó fray Juan de Zumárraga, a la sazón guardián de la casa franciscana del Abrojo. El negocio para el cual le escogió de compañero, fue, a contemplación del Emperador, el ir a castigar las brujas de

Vizcaya: grave caso, en que según parece, reveló el compañero la prudencia y tino con que, andando el tiempo, se las habría por sí solo en parecido lance. Finalmente, promovido el señor Zumárraga al obispado de México, también le eligió compañero y consigo le trajo. Era lo que fray Andrés ansiaba, marchar por agua y tierra, con la Cruz adelante, en busca de almas que salvar.

Y del 6 de diciembre de 1528, en que arribó a México, al 1570, en que murió, casi medio siglo anduvo atizando con ejemplos y palabras el fuego creador de la caridad y el bien. Cual su clarísimo hermano Pedro de Gante, comenzó por aprender la teología que de todo punto ignoró San Agustín, a saber, el inexcusable medio para convertir a estos infieles, su lengua; y a vuelta de cuatro años, escondidos a la curiosidad del cronista, sobresaliente apareció en el náhuatl, entendiéndolo su arte y modismos como un pulido tetzcocano.

En 1533, "por ser la mejor lengua mexicana que entonces había en esta tierra, y hombre docto y discreto", le encargaron el presidente de la Audiencia don Sebastián Ramírez de Fuenleal, y el Custodio de la Orden de los Menores, fray Martín de Valencia, que sacase en un libro las antigüedades, especialmente de México y Tetzco y Tlaxcalla, a fin de notar lo bueno, si lo hubiese, y poder refutar lo que de malo y fuera de tino en ellas se encontrare.

Y le hizo la obediencia el primero y el más grande de nuestros historiadores. Frisaba su edad, al parecer, con los cuarenta y cinco años; era su estatura mediana, su complexión buena; a su madurez y bríos que a la postre dejó admirar, cuadraba los esmeros que la proligidad en investigar y la perspicacia en discurrir demandan del anticuario. Mucho tiempo necesitaba sólo para comprender las relaciones y pinturas que los caciques de México, Tetzco, Tlaxcalla, Huexotzinco, Cholula, Tepeyá-cac, Tlalmanalco y demás cabeceras le dieron acerca de los dioses que tenían. Mas fue instituido dichosamente el colegio de Tlatelolco. Siendo de sus maestros, aparte de que los sacerdotes y señores, todavía numerosos como de conquista reciente, le doctrinaron en la interpretación de sus jeroglíficos, eficazmente le auxiliaron los señoritos colegiales, hijos de caciques que, como es sabido, enseñaron por arte su lengua a sus maestros mismos, al par que de las costumbres, idolatrías y nociones de sus mayores pudieron instruirlos.

Sucediendo fray Andrés a su hermano de hábito Arnaldo de Basacio y Bernardino de Sahagún, regentó la cátedra de latín

en Tlatelolco. En prueba de su competencia aducirse debe la epístola nuncupatoria que de su Arte Mexicana con el punzón de Aulio-Gelio escribió a su prelado fray Martín de Hojacastro, atinadamente por Beristain juzgada de "castiza y muy docta". Y aunque no sea dable puntualizar la duración de su magisterio, lo ponemos en el decenio en que floreció el instituto, dentro del período que pasó inquiriendo las antiguallas. De las cuales hizo un libro muy copioso; se sacaron tres o cuatro trasuntos, que se enviaron a España, y el original dio después a cierto religioso que también iba a Castilla, de suerte que no le quedó sino memoria de lo principal, por haberlo inquirido varias veces con mucho cuidado y atención, "y haberlo escrito y tratado de ello en largo tiempo". Fortuna fue que, al menos lo esencial recordara; años adelante pudo, a petición de personas de autoridad, hacer un epílogo o suma, que aprovechó en su *Historia Eclesiástica Indiana* fray Jerónimo de Mendieta.

Andaba en sus postrimerías, cuando se rebelaron los chichimecas que había convertido; imposible señalar qué causó el alzamiento ni sus circunstancias; sabemos sólo que con la grave aflicción de tal suceso vino al padre su última dolencia, y que mientras se allanaban aquellos indios, se retiró a un pueblo de españoles, donde, predicando cierto día la devoción a la Madre de Dios, se levantó de entre sus pies una llama que fue creciendo y cercándolo, hasta subirle a la cabeza, y alzó entonces las manos, ¿de temor? ¿de ruego? ¿de loa? Cuando acudió un devoto a apagarle el fuego, había ya desaparecido la llama; y ante la admiración de los presentes no hizo el bendito viejo sino decir, como de antes y como siempre: ¡la Cruz adelante!

Se fue luego a las serranías donde se habían hecho fuertes aquellos indios bravos, y los convocó para hablarles con el fervor de la candela que da de sí los últimos resplandores; algún tiempo duró allí, hasta que, conociendo ser venida su hora, después de exhortarlos a obedecer a la Iglesia, se despidió como San Pablo, diciéndoles: "Yo sé que ya no me habéis de ver más la cara, los que presentes estéis por cuyas tierras y serranías he pasado, predicando el Reino de Dios... Yo os he enseñado la Ley de Dios y os he declarado su Evangelio, por lo cual os pido que viváis muy cuidadosos en su servicio y guarda de sus mandamientos..."

Pasó a Tampico, fatigado de la enfermedad; se le había hecho una apostema, que le reventó cuando iba a morir; lo que anunció al tiempo que le trajeron un enfermo a que lo confe-

sara; después de oírle en penitencia, le dijo: "Andad con Dios, hermano; que sólo una hora me llevaréis de delantera, y no más." Agradecido al bien de la gente que le hospedaba, le repartió sus riquezas, cuan grandes eran: un rosario, unas cuentas benditas, unas disciplinas y un cilicio. Les echó la bendición, se puso a rezar devotamente el credo, y, en acabando dio su alma a Dios.

A esa hora, cuenta la crónica, se oyó un concierto, como de trompetas, flautas y chirimías, todos los indios acudieron a la iglesia, preguntando si había llegado algún señor de cuenta, a quien con tal fiesta recibían. No llegaba, partía el apóstol más eximio de aquella tierra. Sepultaron su cuerpo en el Monasterio, en la humilde casilla de paja, hoy suntuosa catedral, corazón de la bella ciudad.

No faltaron reliquias, conmemoración del justo. "Duran las truchas (decía Vetancourt) que llaman del milagro, que el santo las dejó para sustento; y un árbol de naranjas que tenía la mitad de dulces y la otra mitad de agrias" con que simbolizado está que si gran parte de lo ganado por su predicación perdióse a poco, muchos de aquellos que aun de cuarenta leguas la tierra adentro acudían a oírle, perseveraron en la fe, y muchos son los que, recordándole, como él, repiten: ¡La cruz adelante! Es también la amorosa oblada, que las aguas del Pánuco murmujan mientras corren a volcarse en la inmensidad del Océano.